

pueblo, repudiaba estos desórdenes, la conciencia nacional se sentía molestanda vivamente. Algunos individuos siguieron el motín, se sintieron arrastrados por el magnetismo popular y fueron sin saber donde iban. Alguien lloró después sinceramente esta equivocación. En un acta que he leído de la sección del Bonconseil (archivos de la Policía)



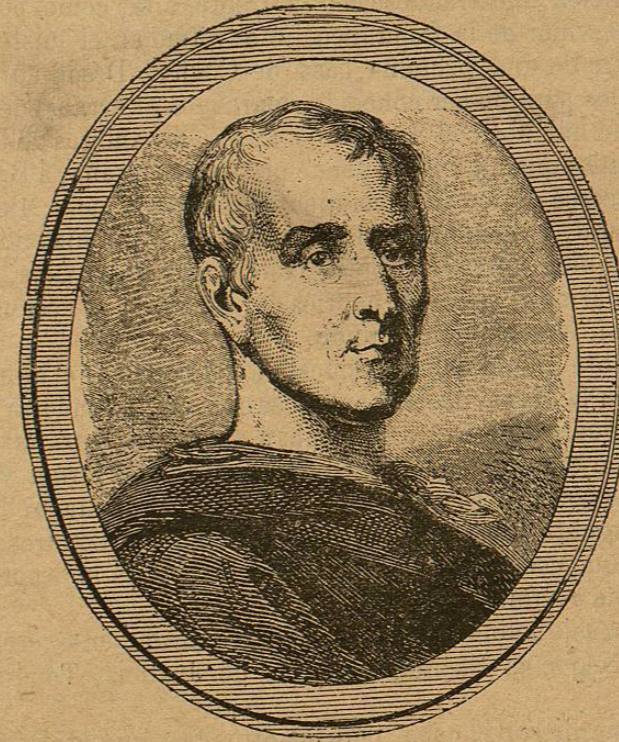
LAZARO CARNOT «El organizador de la Victoria.» (Medallón de David d'Angers)

hay un ciudadano que confiesa, derramando lágrimas, haber tenido la debilidad de recibir azúcar procedente de la distribución de que hablamos antes: «Temo ser indigno, ahora, de ostentar el título de ciudadano.»

Como se ve, por esto, las continuas exacciones y violencias, no significaban tampoco que en el alma de la Francia existiera un fondo de inmoralidad originaria é incurable. Ni tampoco podemos suponer que

los autores de tales actos se inspiraran en doctrinas antisociales, anárquicas, disolventes.

La Francia de entonces, y así hay que confesarlo, era ingenua en sus actos y al mismo tiempo más colérica, menos razonable que la Francia de hoy. Hacía el vacío á las furiosas acusaciones contrarrevolucionarias. Abandonada poco á poco Francia, perdidas las simpatías de una Europa dominada por el miedo y apegada á la resina de un pasado



MONTESQUIEU

bárbaro, selvático, siendo paulatinamente menos visitada, parecía una isla, un pueblo incomunicado, en el cual era fácil forjar historias, mentir, amontonar supercherías y fábulas como los geógrafos de la Edad Media escribían de las regiones desconocidas entonces. La estrepitosa trompeta que Mr. Pitt alquiló por 2.000 francos mensuales, Burke, facilitó á nuestros enemigos la fórmula con la que creyeron sintetizar la Revolución francesa contenida en un verso del autor del *Paraiso perdido*: «Monstruo informe, aborto del caos y del infierno», había dicho el famoso Milton. Monti creyó débil este verso y añadió algunas groserías más, en el poema en que celebra la muerte de Basville. Para

él la Convención es el *pandemonium*. Apenas se la nombra, cree oír la *tartarea trompa*.

Nuestro embajador, abandonó Londres y encargó su representación á un hombre cuya vida no es más que un continuo ejercicio de la falsedad y de la mentira, Talleyrand. Talleyrand y Dumouriez, un traidor y otro traidor, se entienden, se confabulan, se corresponden.

Dumouriez estuvo en París el 1.º de Enero para pulsar la opinión y conocer hasta qué extremo se le apreciaba. Llegó é hizo cosas extraordinarias. En vez de colocarse franca, leal y noblemente á las órdenes de la Convención, mostrándose con la frente alta, como podía hacerlo el glorioso servidor de la República, se envolvió en el misterio, viviendo en el retiro de una pequeña casa de Clichy. Desde aquí, vistiendo distintos trajes para no ser conocido, marchaba al arrabal de San Antonio, en donde hablaba con Santerre y Panis, los amigos de Robespierre, ó iba al comité diplomático, en donde pretendía engañar á Brissot y á los girondinos acerca de los acontecimientos internacionales. Debió convenirse el general, de que nadie le hacía caso. ¿Y qué hizo entonces? Ensayó una máquina, que, si hubiera dado buenos resultados, hubiese hecho de Dumouriez el eje de la política, el centro de la acción general y, por decirlo así, el árbitro del mundo.

Un hombre que le debía su puesto á Dumouriez, el ministro plenipotenciario en la Haya, declaró entonces que, ni Holanda ni Inglaterra, deseaban la guerra, pero que no estaban dispuestos á tratar con la Convención ni con el ministerio; que únicamente negociarían voluntaria y gustosamente con una sola persona, el general Dumouriez. Esto mismo asegura un agente de Talleyrand, que éste dejó en Londres, como queriendo decir que estaba en relaciones con Pitt. Este lo despreciaba y ni siquiera quería recibirlo.

En el consejo había dos ministros extremadamente crédulos, honrados, el de Negocios Extranjeros y el de Justicia, Toudou-Lebrun y Garat.

Los dos mordieron el cebo, pero los otros tres ministros, el girondino Clavieres y los Jacobinos Pache y Monge, adivinaron que todo era obra de Dumouriez. El solo nombre de Talleyrand, infundió sospechas á los Jacobinos, pues sabían que estaba ligado á los asociados contra Francia. Talleyrand, como se sabe, era un emigrado constitucional. Dumouriez lo aprovechó para que reconocieran las potencias su autoridad soberana en Francia y que con él debían tratar precisamente para entenderse.

En el comité diplomático, donde dominaban Brissot y la Gironda, fué mal recibido este plan. Esto confirmaba lo que escribió hacia fines del 92 Brissot, que Dumouriez era un hombre sospechoso del que se debía desconfiar. Brissot pensaba frecuentemente en otro general, hombre honrado é incorruptible, su amigo íntimo y de Petion. Hablaremos de él á su debido tiempo.

¿Pero este desconocido, cómo podría suplantar á Dumouriez? ¿Cómo

oscurecer al héroe de Jemmapes y Valmy, el solo hombre en el que el ejército tenía confianza? No se podía ni soñar en esto. La Gironda lo intentó y lo arrojó á la Montaña. Hizo de él un ídolo popular, una gloriosa víctima, un Belisario perseguido por la tiranía, ultrajado en sus laureles... ¡Hermoso texto para declamación!... Dumouriez, sin embargo, tomaba sus precauciones respecto á la Montaña. Trabajaba á los amigos de Robespierre queriéndoles embaucar y acariciaba á la Comuna y á los hombres de Septiembre.

No pudiendo destituir á Dumouriez, era necesario emplearlo de modo que estuviera obligado á seguir el camino rectamente revolucionario, y á pesar suyo, cuando intentara retroceder, lanzarlo á la gloria de la guerra y de la conquista. La opinión general que se tenía de su indiferencia política es que, no estando aun sujeto á ningún partido, podría ingresar en alguno de ellos si así lo reclamaran su interés y su honor. Esta fué la opinión de los girondinos, opinión que estimamos aventurada. Pero ¿qué hacer? Danton, en esta cuestión, estaba de acuerdo con la Gironda. Robespierre mismo, el 10 de Marzo, y Marat el 12, confesaron que, cuanto viniera de Dumouriez, debía merecer confianza, «*por que el general estaba ligado por interés de su honor, á la salud y al bien público.*»

Solo un hombre le fué invariablemente contrario. Cambon, con admirable buen sentido, repetía frecuentemente que, Dumouriez, era un hombre funesto, un traidor nacido para perder la Francia. La fe inmensa que los girondinos tenían en los progresos de la Revolución, les hizo despreciar estos augurios. Vieron marchar á la Revolución como invencible gigante á través de Europa. Creyeron que todos los ciudadanos buenos ó malos, fieles ó no, arrastrados por la corriente revolucionaria, no tendrían otro camino que el de la bondad, el de la honradez, el del amor fraternal á la humanidad.

Dumouriez, según ellos, no tendría otro remedio que seguir conducido por el torbellino, blandiendo la espada de la libertad. Brissot no era un devoto de la Revolución, era un fanático y, por lo mismo, creía en sus milagros; creyó con firme y acendrada fe que, con ó sin medios humanos, la divinidad de la Revolución se pasearía vencedora por todo el mundo... Para él aparecían signos evidentes en el horizonte. Inglaterra comenzaba á hervir, se iniciaba la fermentación; la Torre de Londres tambaleábase. Irlanda, como exhumada de su sepulcro, arrojaba su sudario de muerte. Formábanse *batallones nacionales*. El joven Fitz-Gerald, que fué á París á fraternizar con los franceses, juró que á la primera señal se sublevaría Irlanda. Inglaterra, atacada la retaguardia por Irlanda y el frente por Francia, no veía más que enemigos.

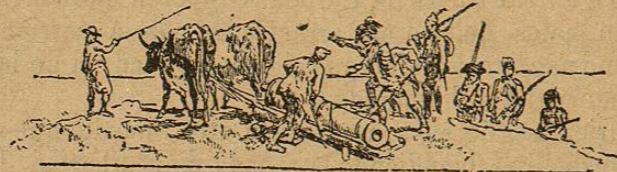
Muchos historiadores aseguran que Pitt deseaba demostrar que nosotros éramos los culpables y engañó á Brissot para que los franceses fueran los primeros en declarar la guerra. Esto era desconocer la Francia y la Gironda. El anhelo nacional, el plan de los girondinos, era

tomar la ofensiva en todas partes, lanzarse por todo el mundo representando la cruzada de la libertad. Este era un proyecto audaz, pero comprensible; en vez de esperar el ataque era lógico anticiparse, colocando al pueblo en el camino de la reivindicación de sus derechos.

Luis XIV tomó la ofensiva contra toda Europa; no la esperó, se fué hacia ella. ¿La Francia hubiera retardado su marcha cuando podía avanzar por la fuerza de un sublime principio, bajo la bandera de la libertad del mundo?

Brissot propuso la declaración de la guerra y se acordó por unanimidad el 1.º de Febrero.

Con esto terminó la equívoca situación de Francia, que ni tenía paz ni tenía guerra, y arrancó la patria del poder de los que, como Dumouriez, querían envolverla en una funesta trama.



CAPITULO III

Triple peligro de la Francia.—Lion, Bretaña, Bélgica (Marzo del 93)

Dumouriez se niega á marchar sobre el Rhin.—Adula á los belgas.—No quiere solicitar su apoyo.—La Gironda no quiere forzar á los belgas.—Dumouriez cree engañar á Europa y es él quien se engaña.—La Gironda quiere sustituir á Dumouriez, colocando en su lugar á Miranda.—Vida de Miranda.—La Gironda no tiene otro remedio que sostener á Dumouriez.—Propósitos de la Gironda contra Austria, Italia y España.—El plan de Dumouriez.—Los austriacos fuerzan nuestras líneas.—Fuga de patriotas liejeses.—Movimiento de Lion.—Los realistas de Lion llámense girondinos.—Disgusto general contra los girondinos á quienes se acusa de los peligros que sufre la patria.—Su respeto á la legalidad, aumenta el peligro de la situación.—La Comuna enarbola la bandera negra (9 de Marzo del 93).

Sin duda alguna, quien ante la historia aparecerá con mayor responsabilidad, es Dumouriez. La Francia sufrió pesar amargo al confiar á tal hombre la cruzada de la libertad.

En tres meses, hizo dos cosas distintas: dejó que en sus manos desapareciera el heroico ejército de Jemmapes é inutilizó nuestra conquista de Bélgica, porque cuando el enemigo se presentó ya esta estaba para nosotros perdida.

Sufrió entonces Francia un nuevo golpe, la Vendée, del que pudo escapar practicando el Terror contra ella misma, operación espantosa que la salvó momentáneamente, la perdió para el porvenir y al mismo tiempo la libertad del mundo se difirió medio siglo.

La Bélgica no debía significar más que un paso para Dumouriez.

El ejército llegó jadeante, conmovido ante su victoria, joven, lleno de esperanzas, creyendo que debía marchar hacia el Rhin. El general mismo había dicho: «El día 20 de Noviembre estaré en Lieja y el 30 en Polonia.» Pero no pasó de Aix-La-Chapelle y el 12 de Diciembre estableció aquí sus cuarteles de invierno.

Custine, que había perdido á Francfort, escribíale carta sobre carta